

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII

DIAR DE LA NOCHE

NÚM. 7917

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—miñster dor. D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS.

Sábado 7 de Abril de 1888

En cumplimiento de disposición testamentaria de D. Enrique Hidalgo de Cisneros, se venden en pública subasta con sujeción á los precios, tipos y condiciones de que se dará conocimiento al que lo desee en la Notaría de D. Facundo Tarín, las fincas que á continuación se expresan:

Casa número 10 de la plaza de la Merced.

Casa número 12 de la calle de Villalva la larga.

Casa en la calle de la Placeta, frente á la antigua Ermita (Barrio de Sta. Lucía)

Casa en el mismo barrio, calle de la Era.

Otras ocho marcadas con los números 1 al 8 inclusive en el mismo barrio, camino del Cementerio.

Una hacienda y casa en la diputación de los Stos. Médicos.

La subasta tendrá lugar á las doce de la mañana del día 20 del corriente mes, en el despacho del Notario antes citado, en el que estarán de manifiesto los títulos de propiedad de las fincas, siendo condición indispensable para tomar parte en la subasta, el depositar en dicha Notaría el 2 por 100 del valor de la finca según tasación.

ECOS DE MADRID.

6 de Abril de 1888

La zarzuela decía:

Pastores y zagalas
llegó el florido Abril...

Esto sería en el valle de Andorra y en los tiempos del capitán Alegría y del viejo Pastor, pero en Madrid, en los tiempos del general Martínez Campos y el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta no tiene nada de florido ni de arioso el mes primero de la Primavera.

Lluvias, huracanes, granizadas ¿Quién resiste un invierno tan prolongado, tan impertinente y tan antipático? Pero en fin, todo se lo hubiéramos perdonado si al menos el día de Pascua hubiera sido presentable. Ya sé yo que muchos españoles se contentan con el cordero pascual y que aunque diluvie, mientras haya á la mano buen vino, se puede saborear el manjar que simboliza la inocencia zoológica. Pero también son muchos los que aspiran á toros, es decir á que les den en dicho solemne día la fiesta tauromáquica de costumbre.

Un extranjero que llegase por primera vez á Madrid el Sábado santo, se asombraría al ver como los habitantes de la heroica villa miraban al cielo y después hablaban con gran animación. Al día siguiente su sorpresa aumentaría.

—Pues señor, Europa, desconoce á España, pensaría. Juzgan con ligereza á este país los que le califican de perezoso y de ignorante. Hasta en los días de fiesta trabajan los astrónomos, y por cierto que abundan estos sabios de tejas para arriba.

Lo que buscan estos astrónomos al mirar al cielo, no es ni siquiera los cuernos de la luna; lo que pretenden escudriñar es si el tiempo permitirá que se celebre la primera corrida con que sueñan en las heladas noches del invierno los entusiastas apasionados de la fiesta nacional.

Con este motivo los que entienden más ó menos de meteorología, son consultados y oídos con la mayor formalidad.

En la época en que el famoso Zaragoza no estaba en su apogeo, la víspera del domingo de Pascua de Resurrección, le encontraron unos amigos

—Castillo, le dije... ¿que tal mañana? ¿Habrá toros? ¿no?

—Puede que sí y puede que no.

—Pero hombre V. que sabe todo lo que pasa por arriba no nos puede indicar que tiempo hará mañana.

—Mucho que sí, pero no me gusta dar malas noticias. Mañana lloverá.

—Y no podría V. conseguir que no lloviera?

—Otra! ¿cómo hacer eso?

—Usted debe tener influencia con las nubes y los vientos.

—Alguna hay.

—Pues entonces sea V. amable y procure que no llueva mañana.

—Bien, hombre bien se hará lo que se pueda...!

Pero está escrito que aunque el tiempo sea antitaurófilo, no nos quedamos sin toros en Pascua.

Uno que viajaba con rumbo á Murcia, si no estoy mal enterado no quiso pasar por Madrid sin dar un vistazo á la corte y rompiendo el cajón en donde estaba aprisionado, salió de la Estación del Mediodía, y por el Prado se dirigió al barrio de Salamanca dando con esto pruebas de aficiones aristocráticas.

Esto ocurrió el sábado de gloria cuando repicaban las campanas.

¡Calle! el Ayuntamiento nos ha hecho un toro para que nos divirtamos! decía los aficionados corriendo detrás del animalito.

Hubo un par de horas de jolgorio sin que por fortuna causase el curioso cornúpeto desgracias personales. Por último le echaron un lazo y pudo volver al redil, es decir al cajón, y continuar su viaje.

Pero esto fué un pepinillo en vinagre, un aliciente para abrir el apetito y como todavía no se ha celebrado la corrida clásica, los aficionados están de un humor insufrible.

Por eso hay tantas riñas estos días, y eso que los periódicos dan cuenta de las interioridades.

—Calle V. señora, decía una chula á otra, lo que es mi hombre, si en Pascua no ve cuernos; no hay quien pueda resistirle.

—Pues lévelo V. al Matadero! contestó con sorna la otra.

A la hora en que escribo hay quien cree que habrá toros esta tarde; pero lo que es hasta el domingo me parece que no se realiza esta puntiaguda ilusión.

Oh! pero donde van á divertirse de lo lindo es en Rioséco. Allí están preparando una función taumaturgica originalísima. Los lidiadores serán todos los cojos de la localidad. ¡De seguro hay cojidas!

El libro de moda es *La vida en Madrid en 1887*, de Enrique Sepúlveda. Es una obra en la que la pluma, el lápiz y el pincel han hecho maravillas.

Barcelona cumple su palabra. La inauguración de la Exposición es un hecho.

Madrid debía estar celebrando la regional que anunció para primero de Abril.

Pero como el invierno ha sido tan crudo...

JULIO NOMBELA.

Variedades.

Memérides militares

ABRIL 7.

1559.—Liga entre Enrique II y Felipe II, por la cual queda á España, Thionville, Montmely y el condado de Charolais.

1814.—Se apodera nuestro ejército en Méjico, del campo atrincherado de Medellín, poniendo en vergonzosa fuga á los insurgentes.

1822.—Gloriosa batalla de Inca (América), son derrotados los insurgentes peruanos por nuestras tropas.

1872.—La autoridad militar de Barcelona toma varias precauciones, ocupando los puntos importantes de la ciudad. Fué esta medida muy vada á haberse levantado una patida carlo federal en el paseo de Gracia, mandada por el antiguo jefe carlista Castell.

J. CEBRIÁN.

EL SILBATO EN EL TEATRO.

En la última reunión celebrada en París por las cinco Academias, Mr. Armand Desjardins continuó reproduciendo algunos de los recuerdos personales en que dicho estudio abunda, dejando aparte los que toma á la antigüedad.

En Francia, apenas nace el teatro y ya el público de París copia inconscientemente al de Atenas.

Después de tantos siglos, las mismas pasiones se expresan del mismo modo y ¿quién lo creyera? los descontentos empiezan como en Grecia—y así lo atestiguan una sentencia de 5 de Febrero de 1596—por arrojar piedras á la escena. El silbato no llegó hasta más tarde, cuando el parterre adquiere buenas formas.

¿En qué fecha se hicieron oír los primeros sonidos de este problema? Problema es éste que divide y apasiona á los eruditos. Mr. de Trelage, hablando en sus notas manuscritas de *El Barón de la Fondrières*, comedia de Thomas Corneille, representada sólo una vez, el 14 de Enero de 1686, dice:

«Boyer enseñó al público á bostezar.»

En cuanto á *trabou*, si la memoria no me es infiel, recibí muchas manzanas; pero cuando empezaron los silbidos fué (yo estaba en escena y recuerdo muy bien) en la *Aspar del Sr. de Fô tenelle*.

Ahora bien, la *Aspar* data de 1680. Sin embargo, y en mi opinión, no hay que aceptar una fecha ni otra. Este verso de Boileau:

Es un derecho que, al entrar, compramos en la puerta

pertenece á *El arte poético* publicado entre 1669 y 1674. ¿Qué digo? Trátase ya del silbato en la cuarta sátira, fecha-la en 1664. En resumen, que ni la fé de bautismo parece, ni la fé de muerto se ha escrito todavía. En el siglo XVIII se silbó á muchos autores dramáticos, y á un Voltaire, que es decirlo todo. En el siglo XIX el mismo Talma fue recibido á silbidos muchas veces, como en el «Pedro el Grande» de Carrión-Nisas, en 1804, ó en el «Germaniens» de Arnault, en 1847, y me complazco en no citar más que á este gran actor, cuyo ejemplo prueba que, aun después de algunos tropiezos por el estilo, puede

un artista presentarse con altivez á la posteridad.

Sobre la fé de documentos algo vagos, había creído que aun en China se usaba este ruidoso instrumento. Pero el general Tcheng-Ki-Tong, que conoce á fondo las costumbres del Extremo Oriente, me ha sacado de mi error. Sus compatriotas—me escribe á este propósito—están muy prontos á manifestar su entusiasmo, pero son muy reservados en la expresión de su censura. Hay, pues, un lugar en la Tierra donde no se silba, y debo señalar este fenómeno; pero puede asegurarse que si los chinos fuesen menos galantes el silbato sería universal.

Cuando se representó en París por primera vez *El rey se divierte*, el 22 de Noviembre de 1832, la sala se dividió en dos campos casi iguales y pronto á caer uno sobre el otro. Cuando los que se daban por satisfechos manifestaban frenéticamente su entusiasmo, no había medio de contener á los descontentos. Nadie hubiera podido—aun queriendo—poner orden en la sala; el mismo Victor Hugo hubiera ganado poco con esto. El público no es la claqué, y su juicio es de apreciar sino caso que sea libre.

Es verdad que este juez no es infalible; puede que silbe lo que pudiera aplaudir, ¿No silbó á Talma en *Mario en Minturna*, porque se atrevió á representar un papel de romano vestido de tal, sin calzón corto? El *Freischütz*, una de las tres ó cuatro obras maestras del drama lírico, ¿no ha sido silbado también por los parisienses en la primera audición? Un dramaturgo contemporáneo, por ejemplo, no esto de la «imbécilidad humana» indignándose porque «media docena de idiotas puedan interrumpir la representación.» Pero el público no es tan tanto como se quiere hacer creer; tiene el instinto de lo bueno, el insulto de lo bello, á su manera, y se incomoda, por lo general, cuando tiene derecho á incomodarse.

Bueno, pero ¿no se podría suprimir el silbato sustituyéndole? se pregunta Mr. Desjardins. Algunos refinados creen que el uso de ese instrumento es testimonio de una falta de cultura. Pues bien representábase en Trianon, poco antes de la revolución francesa *El rey y el colono*, de Monsigny, y María Antonieta, encargada de un papel importante, lo hacía, según parece, bastante mal. De pronto, dice en sus memorias Fleury, el cómico, un silbido salió de un palco en que estaba escondido Luis XVI.

¿Puede pedirse á los expectadores más cortesía que la que aquel día tuvo el rey de Francia con su esposa? Es cierto que las mujeres á quienes hoy se cuenta esta historia la declaran inverosímil, creyendo que nunca entrara tanta malicia y tanta audacia en el alma de Luis XVI. Admitamos que Fleury se engañase. El público, en ciertas épocas, suplió sin el menor embarazo al silbato prohibido, ya ayudándose con los bastones ó los pies, ya sonándose las narices con estrépito, tirando manzanas á la escena ó aplaudiendo irónicamente á los actores. No veo lo que con el cambio ganarian los actores ni la obra.

Sin embargo, se ha hecho notar hábilmente, que un sólo silbido «equivale á mil aplausos.» Haría yo mal en desconocer que los que silban tienen un medio muy temible de interrumpir una representación dramática, impidiendo que un actor termine su papel. El silbato tiene algo de bueno, pero á condición de que no se abuse de él. Se hace detestable cuando una minoría lo emplea para oprimir á una mayoría. Si se compra á la puerta el derecho de silbar, también se compra al mismo tiempo el de escuchar. La libertad de unos está precisamente limitada, como la mayor parte de las libertades, por la de los otros.